

UN VIVAZ OBSERVATORIO

Joaquín Araújo

Puede que nos obsequien con alguna desconsideración, como la de que alabamos interesadamente a lo que desde esta casa se lleva a cabo. Pero cuando se llevan muchos años en la pelea, siempre grata y casi siempre gratuita, por la transparencia, en poco o nada nos azora el que aplaudamos a la sensatez venga de quien venga. Porque esta vez, conviene incluso presumir de que se ha dado un paso consistente en el camino de la sostenibilidad. Quiero afirmar que, al fin, contamos con una posibilidad real de avanzar.

Cierto es que las expectativas deberían ser tantas como los sectores y hasta facetas de esa realidad que forma el turbulento calidoscopio en que se ha convertido la vida de los países opulentos, empeñados en acelerar al máximo las formas de desperdiciar la vida y arruinar de paso la de todos los demás. Pero para enmendar, hay que mentar, y por supuesto, hacerlo con una información veraz, actual y lo más completa posible. Nada comienza si no se sabe por dónde. De ahí que una de las principales agresiones al medio haya sido, desde siempre, el carecer de suficientes conocimientos sobre la cantidad y la calidad de tales violencias. Lo que permitió, en el pasado, todo tipo de maximalismos y trivialidades.

Lo que ahora nos proporciona el Observatorio de la Sostenibilidad es un acercamiento al diagnóstico, un amplio repertorio de análisis de casi todos los escenarios del propio sistema.

Parámetros, guarismos y, en suma, cuantías que aunque nunca explicitan la hondura –cualidad– del daño al menos permiten esa primera aproximación en la que milita –irremediablemente– el poder y sus decisiones.

A casi todos, casi siempre, se nos escapa una de las más importantes leyes de la vivacidad. Me refiero a que la respuesta a una agresión puede alcanzarnos muy lejos en el tiempo y en el espacio. Y que los grandes males afloran de sopetón, pero no sin antes anunciarse a través de infinitos síntomas. Los que han quedado al descubierto con el informe 2006 del Observatorio de la Sostenibilidad.

Hay que felicitarse en el completo sentido de la palabra. En primer lugar por la presentación dinámica,

comprensible, completa incluso en su complejidad. Si acaso sólo faltan algunas otras consideraciones que por supuesto resultan todavía más difíciles de evaluar. Me refiero a que en la sostenibilidad / vivacidad intervienen, y a mi entender mucho, aspectos como la oferta cultural, los medios de comunicación –quizás lo más insostenible de nuestra sociedad– y los consanguíneos estados de opinión. En cualquier caso, el resultado abre un horizonte de claras posibilidades para la rectificación. Enhorabuena, por tanto, a los implicados, en el gran empeño donde la mano de Domingo Jiménez Beltrán y Luis Jiménez Herrero han impulsado una de esas palancas que –¿moverán al mundo?–. Al panel enorme de investigadores y de colaboradores, y a las instituciones –con la Fundación Biodiversidad y la Universidad de Alcalá de Henares, a la cabeza–.

Culmino, por último, explicando algo más el título de esta columna.

Sé que los nombres no tienen dueños, pero sí ladrones, esos que consiguen que hasta la comprensión resulte cada día más insostenible.

La sostenibilidad –una adolescente en el campo de las ideas– está siendo –como la misma Natura– saqueada por los oportunismos de siempre. Que algunos prefiramos la terminología relacionada con la vida –es decir: vivaz, vivencia, vivacidad y biodiversidad– se debe a que de entrada resulta más sostenible, por más comprensible. Incluso, por ser palabras enteramente nuestras y no tomadas en préstamo.

Por eso, cuando algunos pretendemos que el término vivacidad sustituya al de sostenibilidad es porque esta última queda incluida en la primera y por tanto resulta más entera, más completa... Entre otras muchas razones porque incluye a la totalidad de los y lo demás. Porque conviene no diferenciar entre lo que nos sostiene y sostiene al todo. Porque incluye todos los lugares y todos los tiempos y todos los actores que, sumados, conforman la Biosfera. Porque no valora a las partes sino al conjunto que, a pesar de la reiteración, todavía no es aceptado como algo mucho mayor que la suma de todas y cada una de las partes. 